

Apertura del congreso

Opening Conference

Esteban Fernández-Cobián · Universidade da Coruña
Coordinador

<https://doi.org/10.17979/aarc.2013.3.0.5076>

Estimadas autoridades presentes, estimados colegas y público general. Les doy la bienvenida a este III Congreso Internacional de Arquitectura Religiosa Contemporánea, cuyo título «Más allá del edificio sacro: arquitectura y evangelización» nos reúne hoy aquí en esta maravillosa ciudad de Sevilla.

Como muchos de ustedes sabrán, la primera edición del Congreso internacional de Arquitectura Religiosa Contemporánea se celebró en Ourense el año 2007. Fue una iniciativa conjunta del Obispado de Ourense y la Delegación de Ourense del Colegio Oficial de Arquitectos de Galicia. Tanto el obispo mons. Quinteiro Fiuza como Xan Rodríguez, entonces presidente del colegio, tenían la intención de que este encuentro tuviera vocación bianual. La segunda edición se realizó en 2009; pero la tercera, prevista para 2011 no pudo celebrarse, debido a la situación de sede vacante que atravesaba entonces la diócesis de Ourense, ya que mons. Quinteiro fue trasladado a Vigo, y la situación de crisis económica que afectó a los colegios de arquitectos de España.

Pero una vez creada una inercia, es difícil sustraerse a ella. Las continuas preguntas sobre la tercera edición y mis descorazonadas respuestas

(para el nuevo obispo de Ourense, este tema ya no era una prioridad), se tropezaron a finales de 2012 con Pablo Millán, un joven arquitecto y profesor de la ETSAS que me sugirió trasladar a Sevilla la sede del congreso.

La idea me pareció perfecta. La infraestructura académica estaba hecha. El tema, aprobado por el comité científico. Pero faltaban los medios materiales. Sólo la paciencia y la capacidad de gestión de Pablo Millán han permitido que este congreso se haya podido celebrar.

Nos propusimos hacer un congreso abierto a la mayor cantidad de investigadores posible, pero también sencillo y sostenible en el tiempo; un evento que aprovechara las herramientas habituales en el mundo académico. Por esa razón, el grueso del congreso lo constituyen las aportaciones de los investigadores que han respondido al *call for papers*.

Una conferencia inicial sirve para centrar el tema; al comienzo del segundo día, una segunda lección magistral quiere servir de acicate para la discusión; la lectura de clausura intenta mostrar sus aplicaciones prácticas en el ámbito de la profesión. El congreso se completa con una exposición de paneles (como segunda modalidad de participación) y dos visitas temáticas.



Hemos recibido el apoyo de diversas instituciones: la Universidad de Sevilla, a través de su Servicio de Asistencia Religiosa; el Arzobispado de Sevilla; la Fundación San Juan, de Getafe; y la Fundación CajaSol, que nos ha cedido amablemente la sede en la que nos encontramos, con todos sus recursos.

Otros organismos y empresas también han aportado material diverso: la Fundación Caja de Arquitectos, el Colegio Oficial de Arquitectos de Sevilla, la Fundación para la Investigación y Difusión de la Arquitectura (FIDAS) y El Corte Inglés. Gracias a todos ellos podemos estar hoy aquí.

Quisiera referirme brevemente a las actas. Lógicamente, en todo congreso científico, las actas juegan un papel primordial. Si las actas del primer congreso fueron editadas en papel, en el segundo no ha podido ser así. Los costes de edición de un libro de este tipo lo hacen prohibitivo para estos tiempos de crisis. Por eso, hemos creado una plataforma digital en formato OJS para alojar, en lo sucesivo y de manera casi inmediata, las aportaciones que se vayan haciendo a las distintas ediciones del congreso. Pueden consultarla en el sitio arquitecturareligiosa.es.

Curiosamente, repasando estos días las actas del segundo congreso, he encontrado una refe-

rencia a Sevilla. Don Luis Quinteiro recordaba entonces una visita de mons. Amigo a la pequeña iglesia prerrománica de San Miguel de Celanova. Esta referencia vinculaba a san Rosendo, evangelizador de Galicia, con san Leandro y san Isidoro, que jugaron un papel decisivo en la conversión de los arrianos visigodos a la fe de la Iglesia católica.

Arquitectura y evangelización. El tema de la presente edición del congreso —*Más allá del edificio sacro*— tiene que ver con esto.

Personalmente, comencé a interesarme por las celebraciones litúrgicas al aire libre hace algunos años, cuando descubrí el altar que José Soteras Mauri, por aquel entonces arquitecto municipal de Barcelona, había construido para el Congreso Eucarístico Internacional de 1953. Ya durante los años cincuenta fue muy celebrado, y aún hoy se recuerda como una de las piezas fundamentales de la arquitectura religiosa española de la segunda mitad del siglo XX.

Como recordarán, en 2008 la Bienal de Venecia trató sobre el tema *Out There: Architecture Beyond Building*. En el congreso de arquitectura religiosa organizado en paralelo por la Conferencia Episcopal Italiana, fui invitado a desarrollar la ponencia marco. Como casi siem-



pre ocurre, si uno tira de un hilo, lo normal es que se encuentre un ovillo. Y eso fue lo que pasó.

El tema era amplio y apenas había sido estudiado. Además, nos parecía que estaba en sintonía con el sentir de los tiempos. Intentaré explicarme.

En el campo de la arquitectura religiosa, los vertiginosos cambios tecnológicos y sociales de los últimos años han hecho que las polémicas surgidas tras la aplicación de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II hayan quedado, en cierto modo, superadas por los acontecimientos.

Si observamos los hechos con perspectiva, veremos que en todas las épocas, la arquitectura cristiana ha evolucionado partiendo del impulso misionero, respondiendo a su programa específico, que no es otro que servir de marco para el anuncio del Evangelio y el bautismo de las gentes (cf. Mc 16:15). El padre Capellades, director de la revista *L'Art Sacré*, lo expresó perfectamente en 1965 con estas provocadoras palabras: «Esto es una guerra, y me da igual que las iglesias sean bonitas o feas, con tal de que sirvan para evangelizar el mundo».

Una frase del papa Francisco, poniendo la misión —el anuncio del evangelio en las *periferias existenciales*, como a él le gusta decir— en el centro de su pontificado, parece confirmar este punto

de vista: «Veo a la Iglesia como un hospital de campaña tras una batalla», declaraba en su reciente entrevista en la *Civiltà Cattolica*. La frase está referida a la institución, es cierto, pero ¿podría tener alguna influencia en la arquitectura? ¿Nos dicen algo estas declaraciones a los arquitectos?

Benedicto XVI afirmaba hace unos años que la Iglesia católica sólo será *progresista* si es misionera. El progreso de la institución, parece querer decir, y de todas las disciplinas que influyen sobre ella, está condicionado a la propagación del mensaje de Jesucristo.

¿Quiere esto decir que la dimensión comunicativo-propagandística de la arquitectura religiosa ha de pasar a un primer plano?

Personalmente, pienso que, si fueron las circunstancias —y no la reflexión teórica— las que consiguieron que *capillas de indios* o *capillas abiertas* se implantaran en América y pervivieran en el tiempo, de igual manera, los viajes de Juan Pablo II alrededor del mundo, fruto de su intenso afán evangelizador, consiguieron generar espacios arquitectónicos novedosos no buscados por sí mismos, sino derivados del aliento misionero que caracterizó su largo pontificado.

Pero además de los altares al aire libre para eventos multitudinarios, también podríamos refe-

rinos a los contenedores litúrgicos permanentes para concentraciones masivas; a los espacios de culto para situaciones de emergencia, a los espacios de silencio y celebración ubicados en centros universitarios, barcos, bases militares, aeropuertos o instalaciones deportivas; a los espacios de culto provisionales en parques, playas, centros comerciales o centros turísticos de temporada; a las iglesias en países de minoría cristiana; o incluso —apurando el argumento— a los pabellones oficiales de la Santa Sede en exposiciones universales o temáticas.

En todos estos programas se visualiza el afán misionero de la institución, su interés por expandirse, por transmitir el mensaje recibido. Se inventan espacios, se crean nuevas tradiciones, surgen edificios desconocidos hasta la fecha.

Son temas de frontera, donde la arquitectura muchas veces se diluye y las referencias teológicas comienzan a perder pie. El riesgo es evidente. Pero una vez más, Francisco nos anima: «Prefiero mil veces una Iglesia accidentada —ha dicho— que una Iglesia enferma, encerrada. La enfermedad típica de la Iglesia encerrada es la autorreferencialidad». Pienso que si cambiamos la palabra 'Iglesia' por 'Arquitectura', la frase vale tanto para los arquitectos como para los hombres de Iglesia.

Investigadores venidos de todas las partes del mundo —de Serbia a Corea, de Chile a Estados Unidos—, que han trabajado sobre el tema «Más allá del edificio sacro: arquitectura y evangelización», ampliarán nuestra visión del problema.

Sin mas, les reitero mi saludo y les agradezco su presencia junto a nosotros.